

COMPILACIÓN DE **CUENTOS LGBTQ+**
EN TIEMPOS DE PANDEMIA POR CORONAVIRUS



HOMOSENSUAL

El 2020 ha sido el año de la pandemia por coronavirus. La COVID-19 ha cobrado las vidas de más de un millón de personas y al momento de la publicación de esta antología digital, todo indica que ya hay vacuna.

Hemos tenido que adaptarnos a esta nueva normalidad, en la que ahora nadie sale sin tapabocas. Hemos pasado meses lejos de nuestros seres queridos, reclusos en nuestras casas, por el miedo a ser contagiados o contagiar a otros.

En **Homosensual** decidimos realizar este **concurso de cuentos LGBT+ en tiempos de coronavirus** en marzo, mes en que gran parte de México y Latinoamérica debió entrar en cuarentena. Sabíamos que este acontecimiento sin precedentes afectaría a todo el mundo, pero quisimos enfocarnos en la **población LGBTTTIQAP+.**

Lanzamos la convocatoria porque queríamos leerles. Queríamos saber cuáles eran sus inquietudes y cómo estaban viviendo la pandemia desde casa. Por eso nos es muy grato presentarles estos 14 relatos que forman parte de nuestra antología digital, que les compartimos con mucho orgullo ahora que termina este año que sin duda nunca olvidaremos.

Gracias a las **más de 100 personas de México, España, Colombia, Perú, Bolivia, Argentina y otros países de Latinoamérica** que nos enviaron sus historias, y muchas felicitades a los ganadores y a los finalistas.

Gracias también a los **apreciables miembros del jurado**, quienes amablemente nos ayudaron a elegir los tres primeros lugares.

Deseamos que estos **cuentos LGBT+ en tiempos de pandemia por coronavirus** les gusten a todes ustedes tanto como a nosotres.

¡Cúdense mucho y reciban un fuerte abrazo de parte de **todo el equipo de Homosensual!**

Concurso patrocinado por

Scotiabank®



“Voug”: 1497 (México)

Autor: **Adrián Leodan Morales Ramírez**

Habían sido pocas las ocasiones en que me había interesado por la vida de mi hijo desde que nos confesó eso. En realidad no sabía cómo abordar el tema, por eso mismo prefería evitar las conversaciones que se acercaran mínimamente a aquello de lo que yo mismo huía.

Confieso que me escudaba diciendo que no tenía tiempo, pero con la crisis sanitaria y todo el mundo en cuarentena, ahora lo que más me sobraba era eso, tiempo, mucho tiempo.

Descubrí que L, mi hijo, tenía una rutina bastante ordinaria. **Nada de agendas gay buscando erradicar la heterosexualidad en todo el mundo o algo que tuviera que ver con ‘convertir’ a la mayor parte de la población en homosexuales.** Creo que mi imaginación había volado demasiado inventando esas fantasías y especulando sobre sectas inexistentes y maquiavélicas.

Cada día, L, a modo de ejercitarse a causa de no poder salir de casa, se encerraba por un tiempo en su habitación. Colocaba música en las pequeñas bocinas que le había regalado por su cumpleaños y bailaba usando tacones. **Lo de los tacones lo supe porque escuchaba cómo repiqueteaban en el suelo mientras las canciones sonaban.** El ritmo de esa música era pegajosa, y con el paso de los días comencé a preguntarme en qué consistiría ese baile que practicaba con tanto empeño toda la semana.

Así que, una noche, durante la cena, me armé de valor y le pregunté acerca de esa rutina que practicaba. Como no tenía ni la más mínima idea de cómo decírselo, hice la pregunta directamente. Mi esposa se quedó atónita, resguardando su bocado entre los labios. Supongo que **no esperaba que yo me interesara así por la vida de nuestro hijo.**

L, por otro lado, se quedó estático y en silencio, y después de unos segundos que parecieron no encontrar fin, dijo una palabra: 'voug'*. Rebusqué ese término por toda mi mente, pero no encontré relacionarlo con nada, así que solo me quedó preguntar qué era.

L se levantó de la mesa al escuchar esa segunda pregunta. Por un instante pensé que se había enojado por lo que había dicho o que simplemente no quería contarme, pero al cabo de unos instantes, lo vi regresar con su celular en la mano.

Me miró sonriente. Mi esposa finalmente pasó el bocado y L me dijo que esperara un momento, que la mejor manera de explicar en qué consistía el baile, era enseñándome algunos vídeos.

Al principio se me hizo algo raro. Pero conforme escuchaba el ánimo con que L me contaba acerca de los orígenes del baile y el modo de usarlo para exteriorizar y expresar lo que se lleva en el interior, comprendí que me había estado cerrando a un mundo que me negaba a explorar para conocer mejor a mi hijo. Después de algunos vídeos, lo dije sin pensarlo mucho. **Le pedí que me enseñará ese baile.** De nuevo hubo un silencio, pero L aceptó gustoso. A partir del día siguiente comenzamos a practicar en la sala de la casa.

Al comienzo parecía un baile sencillo. Comencé aprendiendo rutinas de manos. Mis muñecas y mis dedos descubrieron movimientos y posiciones que jamás imaginé que podían hacer. Con el paso de los días, los movimientos se volvían más complicados, hicimos *catwalk*, *duckwalk*, hasta llegar a los movimientos en el suelo y algunas caídas coreografiadas que parecían algo peligrosas para mis desgastadas rodillas de señor, así que decidí quedarme con los paso básicos.

Admito que quedé impresionado con el modo en que mi hijo bailaba usando los tacones. Descubrí que más que un baile, era una disciplina total que exigía dar lo mejor en cada paso, y me sentí orgulloso por la dedicación que L le ponía al realizar 'voug'. La cuarentena sigue, y seguimos practicando todos los días. He mejorado bastante en comparación con mis primeras veces, pero nunca podré igualar a mi hijo.

L me ha contado sobre una especie de encuentros entre practicantes de 'voug', y le prometí que una vez pasada la crisis, estaría ahí para apoyarlo y animarlo. Pues **quién más que él podría poner en alto el nombre de la familia bailando del modo en que lo hace.**

*Vogue.



“La cara del espejo: Mexcal (México)”

Autor: **Adolfo Torres**

La corriente de aire era apenas perceptible a pesar de que las ventanas estuvieran abiertas en todo el departamento.

—Siempre es lo mismo aquí —se decía—. Podría estar en la playa, de no ser por la cuarentena.

Se levantó de la cama y encendió su ventilador para apaciguar el calor. **Miró el espejo rápidamente, y luego desvió la mirada como si se avergonzara de verse.**

—Sería mejor que me concentrara en alguna otra cosa —comentaba mientras tapaba el espejo con una sábana.

El sol poco a poco se iba ocultando dando paso a la noche, acompañada de cantos de cigarras y grillos que amenizaban aquella oscuridad.

—Parece una buena hora —dijo mientras rebuscaba en uno de sus cajones—. ¿Dónde lo puse? —comentaba mientras fruncía el ceño.

Finalmente encontró lo que buscaba: un encendedor y un porro, el cual acercó a su boca, lo encendió delicadamente y aspiró profundamente. Retuvo el humo un momento y después lo dejó escapar con suavidad.

—De eso se trata —murmuró sonriente mientras subía el volumen de la música.

La canción “Monument” inundaba la habitación, mientras movía su cabeza al ritmo de la misma.

—¡Tss!— escuchó en mitad de su viaje.

—¿Qué carajo? —preguntó entre risitas.

De pronto, se escucharon unos golpes, similares a cuando se toca un cristal con los nudillos. Se asomó a la ventana, pensando que le estarían gastando una broma.

—Nada, debe ser el *trip*.

—¡Tss!— volvió a escuchar, seguido de unos golpes al cristal.

Miró toda la habitación, y luego fijó la mirada en el espejo.

—Debe ser una broma —dijo divertido. Se acercó y descubrió el espejo.

—¡No jodas! —gritó al ver su reflejo.

—¡Ugh! ¡Finalmente! Tenía tantas ganas de verte nuevamente.

—¿Qué?

—*Hace mucho que no nos vemos.*

—No estoy entendiendo nada, debe ser culpa del porro.

—*Quizás, pero así podemos hablar sin pena*— comentaba su reflejo a la par que se sentaba.

—¿De qué hablas? ¿Quién eres?

—*Pues soy tú, o sea, ¿quién más podría ser?*

—Pero... —tragó saliva—. Yo no me veo así.

—*¡Claro que sí!*

—¡No! Es absurdo.

—*¿Absurdo? Mejor dicho, liberador*— le respondía sonriente.

No podía dejar de ver su reflejo: sonriente, con brillantina en toda la cara y usando ropa femenina, ahí sentado frente a él.

—*Este eres tú. ¿Por qué no te gusta?*

—¡No! Ya tengo suficiente siendo como soy.

—*Pero así puedes ser más feliz. Deja de lado tus miedos y prejuicios creados por redes sociales. Todo eso es falso. ¡Sácame del armario!*

—¡No te quiero ver! —gritó mientras volvía a cubrir el espejo.

A la mañana siguiente, se despertó y miró desconcertado el espejo; se acercó con timidez y lo descubrió lentamente, solo para encontrarse a sí mismo y una nota que leía: **«No te olvides de quién eres».**

Sacudió la cabeza y revisó uno de sus cajones para asegurarse de que todo seguía en su lugar. Y efectivamente, ahí al fondo del cajón, bajo los calcetines, estaban las mismas prendas que su reflejo había usado la noche anterior.

—¿Pero cómo? Esto no tiene sentido. Sacó las prendas y después la cajita llena de brillantina. De manera involuntaria sonrió, y nuevamente se giró de frente al espejo. Se fue quitando sus prendas, quedando únicamente en ropa interior. **Sin quitar la mirada de su reflejo, vio su cuerpo detenidamente, los rollos de carne, los vellos en su cuerpo, su rostro confundido, como si ese cuerpo fuera otro al de siempre.**

Tomó valor y fue colocándose esas prendas que había sacado, un crop-top y una falda tableada. Se miró nuevamente y no pudo evitar sonreír. Se acercó y fue colocándose la brillantina torpemente por los párpados, nariz y pómulos.

—*Ya te habías tardado un poco.*

—Entonces ¿Soy una mujer?

Su reflejo negó suavemente con la cabeza y habló:

—*No puedes ser una mujer si no te sientes como una.*

—¿Y entonces?

—**Entonces puedes ser cualquier otra cosa. ¿Por qué seguir las reglas que siempre te han impuesto?**

—No entiendo nada.

—*Mira, hay mil colores en el universo y nos hacen creer que simplemente hay dos combinaciones ¡cuando no es así! Tú puedes elegir tu propio color.*

—¿Cómo una caja de crayolas?

Su reflejo soltó una carcajada.

—*Es una metáfora, pero sí, puedes ser cualquier color de la caja de crayolas, incluso puedes combinarlas.*

El joven miró su espejo un largo rato y fue entendiendo a lo que se refería. **Él podría tener barba, estar más llenito corporalmente y tener mucho más vello que otros, pero eso no significaba que debería seguir las reglas que la sociedad le imponía por su imagen.** Se acercó al espejo y lo abrazó cariñosamente.

—**Muchas gracias** —le dijo a su reflejo mientras encendía la música y empezaba a moverse al ritmo de la misma.



“MOKA-19”: Yacob E. (México)

Autor: **Diego Eguiluz Ruiz**

Tiempos complicados para todos. Había gente que creía y otra que no lo creía, pero un nuevo tipo de coronavirus llamado SARS-CoV-2, causante de la enfermedad COVID-19, se expandió rápido por el mundo entero.

En algunos países no lograron contener los contagios y los números de enfermos se elevaron a gran velocidad, al igual que las muertes. Al llegar a mi país, todos vimos cómo nuestras vidas se detenían y las personas que queríamos tener cerca las debíamos tener lejos. Fue entonces cuando chocamos con la realidad. Hubo personas que de no creer pasaron a caer en el pánico. Todo querían desinfectar y mantener limpio para no dar ninguna oportunidad a la enfermedad.

La cuarentena se volvió necesaria, pero no obligatoria. Al principio era algo incómodo el ambiente en casa, ya que mamá y yo no llevábamos una buena relación desde unos meses atrás. Así que decidí mantenerme el mayor tiempo posible en mi habitación. Nos cruzábamos en la cocina o en los pasillos pero no pasábamos de intercambiar unas cuantas palabras sobre la comida o la limpieza que tanto le obsesionaba. Decía que había leído cosas horribles en internet sobre los coronavirus y la COVID-19. **Ciertamente el internet la había llenado un poco de paranoia**, pero igual trataba de hacer lo mejor posible para que estuviese tranquila.

Una noche la escuché hablando por teléfono con papá. Él y mi hermano habían quedado sin poder regresar de un viaje. Mamá mencionaba no lograr encontrar tema de conversación conmigo y fue todo. Seguí hasta mi cuarto y cerré la puerta.

Extrañaba a Ben y hubiera querido que pasara esos momentos con nosotros para poder apoyarlo, pero mamá no aceptaba que fuera a nuestra casa. Era complicado el tema, así que cada noche yo lo llamaba para saber cómo estaba e intentar distraerlo un poco del trabajo. Apenas teníamos unos minutos hablando cuando mamá me llamó desde la sala. Colgué, con la promesa de que no tardaría en llamarle de nuevo. Y al bajar me encontré con mamá en la puerta recibiendo unas bolsas de un repartidor de comida.

—Mira, hijo. He pedido pastel de moka, tu favorito— dijo ella sonriendo y cerrando la puerta.

Y después de rociarle desinfectante al empaque, las bolsas y sus manos, puso la tablet sobre la mesa. Con un gesto me invitó a sentarme junto a ella. Lo dudé un segundo o dos, hasta que recordé que **de pequeño ella siempre me llevaba una rebanada de pastel de moka cuando estaba triste o tenía miedo de ir a la escuela.**

—He traído la tablet para que Ben nos acompañe por una videollamada— me dijo sonriendo—. Vamos, llámalo.

Fue algo extraño, pero de los mejores momentos que pudo haber otorgado la pandemia de COVID-19. Porque esa noche, por unos minutos, Ben y mamá no dejaron de hablar mientras yo solamente disfrutaba con las sonrisas de cada uno.

Esa fue la última noche que Ben pudo tomar unos minutos para descansar hasta que tuvo que volver al hospital, para desde entonces quedarse días y noches enteras a recibir y atender pacientes infectados por el virus. Todo ese tiempo mi mamá me calmaba diciendo que las cosas mejorarían pronto, que con guerreros como Ben no podría ser de otra forma.

Y así fue. Cuatro meses después de que terminó la pandemia, Ben y yo nos casamos rodeados de nuestras familias y amigos, todas las personas que queríamos juntas, sin miedo y con nuevas esperanzas al futuro. **El mundo se sentía diferente, más vivo y más unido.**



“CUPID-19”: La lencha del 7 (México)

Autor: **Doris Soto Fainkujen**

Elisa e Inés viven en el mismo edificio, pared con pared en el departamento siete y ocho respectivamente, en la Condesa. A pesar de vivir tan cerca nunca habían cruzado más de nueve palabras. **Aunque Inés estaba muy consciente de la existencia de la vecina, le parecía espectacularmente guapa.** Sobre todo cuando llegaba del gym, sonrojada y con una colita de caballo. Elisa era el *crush* de Inés, quien además tenía un *gaydar* muy bien afinado.

Cuando decretaron formalmente la cuarentena en México, Inés estaba pacheca leyendo en el sillón de la sala. Su vida ya era bastante parecida a lo que pintaba el confinamiento. Le gustaba estar sola escuchando música en calzones, comiendo Nutella sin miedo a embarrarse, durmiendo y pasándola bomba consigo misma. **Ella no compartía el miedo que con la llegada del virus sintió la mayoría, ¿miedo a la introspección? Al contrario, veía al encierro como un regalo divino.**

Elisa estaba del otro lado del muro, viendo las noticias mientras se preguntaba: ¿en serio sin salir para nada? ¿Cómo va a repercutir eso en la economía mundial? **¿Qué va a pasar con mi chamba?** ¿Será un plan maquiavélico de Estados Unidos o China? **¿Qué no nos están diciendo? ¿Y si me contagio?**

Siguió durante un rato hasta que las palabras dejaron de tener sentido en su cabeza. **Comenzó a sentir una incontrolable taquicardia y a sudar más que un taco de canasta en Acapulco. Le costaba respirar y pensaba que algo horrible iba a suceder.** Convencida de que le estaba dando un infarto salió corriendo a pedir ayuda. Detrás de la primera puerta en su camino estaba Inés, quien no sabía que la culpable del escándalo era su amor platónico.

Inés sorprendida encontró a Elisa agitadísima, balbuceando frases ilógicas, caminando en todas las direcciones posibles entre el umbral del departamento ocho y el suyo. **Inés trataba de entender todo. La llevó hasta su sillón para que pudiera recostarse.** Pensó en llevarla al hospital pero notó enseguida que lo que tenía su vecina la guapa era en realidad un ataque de pánico. Intentó calmarla explicándole que no era un infarto:

—Respira con calma, lento, siéntelo. Tienes un ataque de pánico, solo eso. No te estás muriendo. No va a pasar nada malo. Solo respira, aquí tienes un vaso de agua. Todo va a estar bien.

Poco a poco Elisa recuperó la calma, ahí en el sillón de Inés. Cuando volvió en sí, apenas se disculpó por la escena y conmovida agradeció el amoroso acompañamiento. Nunca le había pasado. Inés respondió que no había problema y le pidió que no sintiera pena. Se alegraba de haber podido ayudarla. Se quedaron platicando un par de horas mientras bebían el té favorito de Inés.

Hablaron de sus familias, del reguetón, de sus perros y de si creían o no en los aliens. De pronto el tema obligado surgió:

—¿Qué crees que pase con todo esto del virus?—, preguntó Elisa.

Inés permaneció en silencio, decidiendo si contestar con la verdad o con un argumento genérico. **Alguien con ideas propias diciendo lo que considera como verdad puede parecer loc@ o incomodar**, normalmente a personas que nacen, crecen, se reproducen, compran un coche con un crédito bancario que dura media vida y mueren.

Rompió el silencio con un suspiro y un **ok, te voy a decir lo que pienso, si crees que estoy loca no le digas a nadie del edificio. No quiero que me vean feo en el elevador.** Se rieron y Elisa le pidió que por favor le dijera siempre la verdad. Su opinión le interesaba.

Este virus, plantado, inventado o furiosamente peligroso, fuera como fuere no es más que un regalo divino. Un necesarísimo y sincronizado respiro colectivo. En lugar de pasar dos horas en el tráfico yendo de la Condesa a Santa Fe diario, podemos estar tranquilos leyendo, cogiendo, aprendiendo algo, ordenando el clóset o lo que sea que posponemos con el pretexto de la falta de energía y tiempo. **Un momento para estar en silencio a solas con nosotros mismos y callar el ruido exterior. De ver las cosas desde otra perspectiva.** Da igual que los gobiernos de todo el mundo nos mientan y manipulen. ¿Qué más da si hasta ellos están regidos por las leyes universales y en el universo todo es perfecto gracias al balance entre lo positivo y lo negativo?

La naturaleza no se equivoca. **Bajar el ritmo de la humanidad es la forma más amorosa que tiene la vida de prepararnos para un despertar masivo de conciencia.** Volveremos a valorar las cosas que dimos por sentadas, abrazar a un amigo, besar a alguien que acabamos de conocer, ir al súper o salir a caminar. Si logramos darnos cuenta que esto importa mucho más que la cantidad de likes, qué coche tienes, la marca de tu ropa y demás, ganamos como especie.

Bendito virus, con su ayuda cada vez más conciencias llegarán a la quinta dimensión. **Allá en donde entendemos que todos somos la misma cosa, sin diferencia de clases, razas, gustos, género, ni nada.** En donde sabemos con total certeza que tú eres yo, yo soy tú y todos somos una pequeña partícula de la red que teje al cosmos.

Elisa al escuchar a Inés vio algo mucho más interesante que a una simple vecina. Y así fue como el amor derrotó al miedo. Como siempre.



“La mujer tras la ventana”: Frankie Fray (México)

Autor: **Ivan Eduardo Balderas Araiza**

Te vi de casualidad tras la ventana. Estabas hermosa y quedé cautivado en ese instante. Quizá te preguntes quién sea o por qué te escribo esto dejándolo debajo de tu puerta, pero fue la única manera que encontré para contarte lo que me has hecho sentir. De antemano te pido disculpas si algo de esto te hace sentir incómoda, pero ya comprenderás por qué lo hice.

La cuarentena me gustaba en un principio, pero después de un tiempo, terminó por aburrirme. Sin mucho por hacer, hice lo que nunca me creí capaz: pasar tiempo con mi hermanita Laura. No me malentiendas, ella es una niña muy especial pero me gusta estar solo. Por eso dudé mucho cuando me obligó a ver las estrellas.

Ella siendo tan inquieta, entró a mi cuarto y me insistió que armara su viejo telescopio para ver el cielo. Terminé aceptando y cuando acabé de armarlo ella me empujó para ver a través de esa cosa, sin tardar en descubrir que no había mucho que ver en la ciudad, y menos si estás en medio de un edificio de siete pisos rodeado por mas edificios aún más grandes que este.

Dejó el telescopio y se fue a su habitación, dejándome aquel objeto. Comprenderás que no teniendo nada que hacer, no me tomó mucho tiempo para usarlo. Comprobé que, efectivamente, no se podía ver gran cosa desde donde estamos. El cielo no se distinguía del todo pero se podía ver más

claramente el edificio de enfrente. Tu edificio.

Después de un rato viendo a tus vecinos, llegué a tu piso, el último. Mi visión a tu departamento no es tan clara pero pude distinguir tu cuarto. Se ve más que nada el espejo, que refleja tu armario y parte de tu cama, así que me quedé mirando unos minutos. Cansado, estuve a punto de irme cuando tu lámpara se encendió y fue ahí cuando te vi.

Lo primero que llamó mi atención fue tu cabello, rojo, largo, ondulado y que cubría casi toda tu espalda. Llevabas un muy bonito vestido blanco pero lo que más me cautivó fue tu rostro. Tus grandes ojos con largas pestañas, tus labios delgados con un labial rosado y una sonrisa tan amplia y coqueta que iluminaba toda la habitación.

Comenzaste a mover la boca alegremente, te movías de una manera divertida, comenzaste a brincar y dar vueltas por toda la habitación; estabas cantando. Admiré ese tiempo toda tu locura hasta que de la nada dejaste de bailar, parecías asustada, nerviosa y te arrancaste el cabello. Tardé un poco en comprender que eso era una peluca.

Tomaste una toallita blanca y empezaste a quitarte el maquillaje. Arrancaste tu vestido y lo tiraste en una caja que deslizaste al fondo de tu cama. Me alejé del telescopio y entró Laura a mi cuarto.

—¿Estás espiando a los vecinos? —preguntó.

—¿Qué?... No... —la miré—. ¡Sal de mi habitación! —grité.

Salió corriendo de mi cuarto y yo me metí a la cama sin saber qué pensar. Durante todo ese tiempo que siguió de la cuarentena no volví a mirar por el telescopio. Pasé todos esos días pensativo, triste y ausente. Mi familia preguntaba por mi ánimo, les decía que era por el encierro. La única que sabía lo que me preocupaba era Laura, ella me conoce mejor que nadie, tanto que hace unos días cuando me estaba bañando, no sé cómo o con ayuda de quién armó de nuevo el telescopio, dejándolo justo donde lo tenía.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que te hacía falta mi telescopio.

—¿Por qué piensas eso?

—Por la chica de la ventana —contestó—. Es muy bonita. De chico también es muy guapo —sonrió—, pero cuando se maquilla y se pone su vestido luce más feliz, auténtica... ¿No te parece preciosa?

—¿Tú cómo sabes todo eso? —pregunté sorprendido.

—Porque también la vi. Cuando dejaste el telescopio debajo de tu cama, lo tomé. Solo tuve que ver por la dirección en la que estabas mirando el día que te encontré espiando para saber lo que admirabas. Tardó un poco en aparecer, pero cuando lo hizo, vi cómo sacaba una caja debajo de su cama y comenzaba a transformarse en su verdadero ser.

—Es que no... no sé si pueda estar con alguien así. Qué tal si...

—Si a ti te gusta —me interrumpe—, yo no veo el problema. ¿Por qué tienes miedo?

Dejó la pregunta al aire y salió de mi habitación. Laura me dejó pensando toda la noche. Muchos prejuicios vinieron a mi mente. **Escuché toda la mierda que me podría caer. Hasta que me dije a mí mismo que dejara por un momento todo a un lado. Sin pensar en eso, nos pude ver saliendo juntos, yendo a bailar o quizá a un karaoke.** Me vi abrazándote en el cine, comiendo con tus papás, y te veo claramente jugando con Laura porque sé que ustedes se llevarían estupendo.

Sin todas las críticas y comentarios retrógradas, pude reflexionar que son más mis ganas de conocerte, y que si de algo me arrepentiría, sería de no invitarte a salir.

Entendiendo si no quieres conocerme. Debo decirte que eres hermosa, que no deberías ocultar toda esa belleza, todo tu ser, en una caja debajo de tu cama. **Y que deberías ser así de auténtica todo el tiempo, para que no solo te puedan conocer tras la ventana.**



“Una breve historia de amor propio”: Arthur Folklore (Colombia)

Autor: **Javier Arturo García Ortiz**

Jaime siempre había pensado que tendría la valentía para contarles a sus padres que era gay si llegase a presentarse alguna situación muy extrema, tipo apocalipsis zombie. Sin embargo, cuando a principios del año 2020 se vio guardando cuarentena en casa por motivo de la COVID-19, lo último en lo que él pensó fue en salir del clóset.

Jaime había estado dentro del clóset poco tiempo, desde hace 6 meses para ser exactos, cuando se dio cuenta de que estaba enamorado de Mauro, su mejor amigo de toda la vida.

Mauro –como Jaime solía llamarlo de cariño– y él eran inseparables. Cuando estaban juntos se la pasaban charlando todo el tiempo. Tenían muchas cosas en común. Y, sin duda alguna, los unía una atracción especial resultado de 5 años de amistad.

Cuando llegó la pandemia el mundo cambió para siempre. Pero su amistad, no. **En la primera semana de cuarentena Jaime se mantuvo aislado de redes sociales.** El motivo, una lección muy importante de *mindfulness** que aprendió recientemente: «Las energías que fluyen por nuestro cuerpo y embargan nuestra mente dependen en gran medida de nuestra capacidad para procesar

los estímulos». Por eso, **ignorar las noticias de nuevos contagios y muertes era la mejor decisión.** Por ese motivo, Jaime apagó su teléfono, lo que llevó a que el contacto entre ambos fuera nulo por más de 10 días. **El día 12 de aislamiento, Jaime decidió encender su teléfono e inmediatamente le llegaron muchos mensajes de Mauro.** Evidentemente su amigo había estado muy preocupado por él. Además, tenía cosas que nuevas que contar, ya que aparecía un total de 136 NUEVOS MENSAJES.

La mayoría de los mensajes eran para saber cómo estaba Jaime y esas cosas. Pero había otros en los que Mauro le contaba sobre todo lo que había pasado luego de su repentina desconexión de redes sociales.

Según el relato del mismo Mauro, al saber de la crisis que se aproximaba, su padre decidió tomar todas las cosas importantes, subirlas al auto y viajar 12 kilómetros fuera de la ciudad, hacia el norte, donde estaba su casa de campo que solían ocupar solamente durante el verano. A pesar de quedar apartados de la ciudad tenían vecinos, y entre esos estaba Rosa, la chica de la que Mauro siempre había estado enamorado.

Con el paso de los días, Mauro le envió mensajes a Jaime contando lo bien que avanzaban las cosas con Rosa. El último mensaje recibido decía: «Jaime, creo que voy a pedirle a Rosa que sea mi novia. Las cosas están mejor que nunca y soy feliz. Sin embargo, por alguna razón siento que no puedo tomar esa decisión sin antes saber lo que piensas».

Jaime pensó durante unos minutos, respiró hondo y finalmente le envió el siguiente mensaje: «Mauro, me alegra mucho que seas feliz con Rosa y estoy de acuerdo en que le pidas que sea tu novia, ambos merecen ser felices. Ahora, ya que estoy siendo sincero contigo, me gustaría que supieras algo de mí, ya que probablemente esta será mi última oportunidad de decirte esto... **Entenderé si no soy correspondido.**

«A continuación, un poema que escribí recientemente explicará con palabras lo que siento y...

MI REALIDAD

Me han dicho que ser diferente es muy malo

Que mi orientación es desviada, es pecado

Que apesto, soy sucio, un tarado

Que debió mi madre decidir: ABORTADO.

Que seguramente alguien me ha abusado

Que estoy confundido, de Dios me he apartado

Que es solo una etapa, pronto habrá pasado

Que soy un enfermo, que me he contagiado.

Tengo sentimientos, soy un ser humano, pienso, sueño, existo, quiero ser amado, amo a mi manera, soy amanerado, vivo sin tapujos, soy exagerado.

En mi mente siempre espero lo mejor, con una sonrisa escapo fácil del dolor, y mis pensamientos tristes dejo a un lado, sí señor, con expectativas, viviré mucho mejor.

Aunque no lo creas ser así no fue elección, con mi nacimiento se impuso una restricción, y aunque simplemente no tengo una religión, el amor se convirtió en mi salvación».

«**TE QUIERO**», respondió Mauro. «Y aunque —desafortunadamente para mí— no sea de la misma manera en que tú me quieres, te aseguro que te quiero con todo mi ser. Que te apoyo, te valoro y estoy orgulloso de ti. Puedes confiar en mí e intentaré apoyarte en todo lo que necesites. **Jamás podría responder a un amor tan sincero como el tuyo, con odio. Un abrazo**».

FIN

**Mindfulness* significa ‘conciencia plena’ o ‘atención plena’ en español.



“El técnico del cable”: TEBO (Costa Rica)

Autor: **Esteban Guevara Marín**

Ya era lunes. Había pasado todo el fin de semana recluido en mi pequeño apartamento, completamente solo, como las últimas tres semanas. La monotonía había sido interrumpida por mi derecho a visitar el supermercado a comprar víveres, cosa que hice el sábado por la tarde. De nada servía tener a unas cuantas cuadas el parque metropolitano de San José, pues cintas amarillas lo habían cercado para evitar que la gente fuera a visitarlo.

El fin de semana había sido particularmente estresante, pues **desde el viernes en la noche el servicio de internet se interrumpió por una falla técnica en el barrio.**

—Estamos trabajando en repararlo tan pronto nos sea posible, señor Rubens— me dijo una chica al otro lado del teléfono. Se escuchaba más estresada que yo. En fin, lo dejé pasar. No tenía ganas de discutir con nadie. Y hasta agradecía en mi interior poder hablar con alguien.

Tendré que entretenerme con un libro el fin de semana, pensé, ya que los servicios populares de streaming no podían usarse por la falla de la red.

Estaba a punto de cumplir dos meses de estar en este pequeño país después de aceptar un traslado indefinido ofrecido por la empresa multinacional para la que trabajo. No me tomó mucho tiempo

aceptar la propuesta. **Llevaba ya varias semanas que sentía que no sabía qué estaba haciendo con mi vida. Me sentía sin rumbo, solo**, a pesar de compartir Ciudad de México con otros tantos millones de personas. Apuesto que muchos de ellos tampoco sabían qué hacían con sus vidas. Había leído que Costa Rica tiene playas hermosas, no me haría nada mal tostar un poco mi piel tan blanca.

La compañía se encargó de los detalles, de buscar un apartamento cómodo y amueblado en una torre cerca de la avenida que llaman Paseo Colón y que está como a treinta minutos de las oficinas de mi trabajo.

Llegué un miércoles por la mañana con tres enormes maletas. ¿Por qué compro tanta ropa?, me dije. Pasé varias semanas adaptándome a mi nueva vida. Y, en el trajín del trabajo, se fueron los días hasta que un viernes los noticieros dieron cuenta del primer caso de COVID-19 del país. Así que en la noche del domingo nos comunicaron del trabajo la recomendación de trabajar desde casa. La playa tendrá que esperar.

Ya llevo más de un mes en este confinamiento obligado, sin amigos, con la familia a miles de kilómetros de mí, y los días transcurren igual uno tras otro. No siento diferencia si es un martes o un viernes. Mi mente hasta desconectó el placer inusual que me daba abrir los ojos los sábados. **Todo se ha vuelto una gran interrogante.**

—¿Señor Rubens? ¿Me escucha? ¿Sigue allí?

Una voz masculina y amable me insistió en el teléfono.

—Lo siento —respondí—. Aquí estoy.

Le daba instrucciones al técnico de la compañía de cable para que ubicara mi dirección. Qué complicado es guiar a la gente por puntos de referencia en esta ciudad. Extraño los números de calles y avenidas.

—Espero no haber fallado— colgué.

A los diez minutos sonó el teléfono interno del edificio. La voz de doña Patricia del otro lado me dijo:

—Lo busca un técnico del cable, dice que viene a revisar su modem.

—Gracias, por favor dígame que suba —respondí al primer golpe en la puerta.

—Buenos días, señor Rubens.

—Buenos días. Dejémoslo en Alberto.

—Ok, Alberto. Soy Ricardo. ¿Me muestra dónde está su modem? ¿Alberto? Me muestra dónde está su modem, por favor.

—Sí, sí, lo siento.

Me había entretenido un poco detallando esa sonrisa tan amable y algo pícaro con la que terminaba sus frases. Le mostré dónde se encontraba el modem y traté de que pasara inadvertida la forma en que trataba de detallar el ligero color acaramelado de su piel comparado con la mía, que en el encierro se había vuelto casi transparente.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

El acento me había delatado.

—No —le respondí—. Soy de Ciudad de México.

Así que mientras hacía *testeos* con una portátil que llevaba me comenzó a contar de cómo se había resbalado subiendo la pirámide del Sol de Teotihuacán durante unas vacaciones.

—Tengo una cicatriz —me dijo, señalando su rodilla izquierda. Nos miramos y nos echamos a reír.

Estoy casi seguro de que ya había encontrado la falla, pero continuaba fingiendo que trabajaba para seguir la conversación.

—¿Ya conoce nuestras playas?

Le dije que no había encontrado el tiempo de conocer alguna a pesar de estar tan cercanas y que no quería ir solo. Entonces sonrió diciendo:

—Cuando pase la emergencia deberíamos ir juntos.

No me esperaba la propuesta, y con algo de nervios le dije que sí, que me encantaría.

—Puede probar su conexión, ya todo está arreglado.

Yo ya lo sabía desde hace rato cuando lo comprobé en mi celular.

—Usted es mi último cliente por hoy. Un cliente —me dijo—, ¡solo un cliente!

Le ofrecí un refresco el cual aceptó. Lo invité a tomar asiento mientras no dejaba de sonreírme. Acabó la bebida y estaba a punto de estrecharme la mano, cuando lo recordó:

—¡No! La mano no, lo siento.

Y se retiró.

A las tres horas de la visita, una alarma me indicó que tenía un nuevo mensaje de un número desconocido: «Lo de la playa era en serio».

Sonreí.



“La caja dorada”: Setorep (Perú)

Autor: **Hernán Torres Portocarrero**

José Robles y su madre no se hablaban durante la semana. No se odiaban ni se evitaban a propósito. Sus días transcurrían a ritmos diferentes. Ella salía a trabajar en la mañana cuando él aún dormía. Dejaba el desayuno preparado y lo despedía con un beso al aire. Él iba a la universidad después del mediodía y regresaba en la noche. Los únicos días que compartían eran los sábados y los domingos, pero estaban tan agotados que no tenían ganas de mantener conversaciones prolongadas.

La madre de José se llamaba Adriana Ruiz. Trabajaba como auditora en una cadena de multicines. Tenía el carácter tosco, casi nunca sonreía. La severidad que su empleo imponía se evidenciaba en su mentón afilado y sus labios estrechos. José la amaba; **a pesar de aquel amor, no encontraba en ella la confianza necesaria para contarle sus asuntos personales.**

Un par de años atrás, José —en su último año de secundaria— se enamoró de Ricardo Bonilla, el alumno nuevo del aula. Aunque le confundió el descubrimiento de su orientación sexual, no reprimió sus sentimientos. Le gustaba lo que sentía. La paz que experimentaba cuando estaba con Ricardo le llenaba de vida. En poco tiempo se convirtió en su amigo y hasta se creyó correspondido. **Un día, cuando Ricardo comentó que le gustaba una chica del cuarto grado, José quiso que en ese momento apareciera un león hambriento y lo devorará.** Dejó de estudiar con entusiasmo

y reprobó los exámenes bimestrales. Después de sufrir en silencio por varias semanas, decidió contar a su madre lo que ocurría. Lo intentó.

Una noche la llamó a su habitación. Ella lo encontró en la cama acostado bocabajo llorando sobre un cuaderno abierto. En las páginas habían corazones dibujados con lapicero azul, tachados con lápiz de carboncillo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras, hijo? ¿Es por una chica? —preguntó. Recogió el cuaderno y lo puso sobre la mesita de noche. José no respondió. Ella continuó:

—Escucha, hijo. A tu edad te vas a enamorar de todas. Sentirás que en el mundo no hay sentimiento más grande que el tuyo. Pensarás que nunca volverás a sentir algo parecido.

José cogió la almohada y se cubrió la cabeza. Adriana le acarició la espalda.

—En algún momento te darás cuenta de que fue solo una ilusión. Cuando llegue la indicada lo sabrás al instante y esto ni recordarás.

José asintió con un movimiento, se secó las lágrimas y fingió dormirse. **Cuando se quedó solo prometió que nunca confesaría a su madre que le gustaban los chicos.** Aquella promesa se diluyó en el tiempo.

El 2020 empezó para José con el pie derecho. El Año Nuevo y sus vacaciones los pasó en Estados Unidos. Había calificado para el programa de intercambio cultural de su instituto de inglés. A finales de febrero regresó al Perú, su país. El próximo mes empezaban sus clases en la universidad.

La noche del domingo quince de marzo un mensaje a la nación interrumpió el programa que Adriana y José veían en la televisión. El presidente de la República anunció que a partir del día siguiente el país ingresaba a un periodo de cuarentena obligatoria para frenar la propagación de la COVID-19, una enfermedad generada por un virus que, José había leído, surgió en China y estaba matando a miles de personas en Europa. Hacía pocos días que habían detectado el primer caso en el Perú.

El lunes y los días posteriores Adriana no fue trabajar. Después de años desayunaron los dos juntos en un día de semana. Luego vieron las noticias.

La primera semana de la cuarentena vieron películas y documentales en canales de cable. La semana siguiente empezaron a ver series en Netflix.

En las noches, José chateaba acostado en el sofá de la sala. Una noche descubrió que su madre lo observaba desde la cocina. No dijo nada, pero esa mirada revivió la necesidad de empezar con ella esa conversación postergada por años.

El Gobierno endureció las medidas restrictivas. Había toque de queda en las noches y se controlaba

con mayor rigor a las personas que salían a la calle. José mensajeaba con mayor frecuencia. Sonreía frente al teléfono móvil sin darse cuenta. En su interior la ansiedad de hablar con su madre lo carcomía.

—Mamá, creo que es necesario que sepas algo sobre mí —empezó José una tarde—. Nunca hemos hablado de temas personales, pero siento la necesidad de contarte esto.

Hizo una pausa prolongada y continuó:

—Estoy enamorado.

Adriana levantó las cejas y asintió con la cabeza.

—Pero mi situación es singular. **Estoy enamorado de un chico. Él y yo nos amamos.**

Los ojos de Adriana se llenaron de lágrimas, se levantó y corrió hasta su habitación. Unos minutos más tarde salió con una pequeña caja dorada en las manos.

—Prometí que te daría esto cuando seas un hombre —dijo, y lo arrulló en su pecho. José abrió la caja. Adentro había un brazalete de oro con una frase grabada. «Eres mi orgullo», decía.



“Sostener tu mano”: Tazikart (México)

Autor: **Akatzin D. Herrera Lira**

Las luces de la ciudad se veían con claridad desde la azotea de su casa, que era actualmente la mejor sensación de libertad con la que contaba. Podía, incluso ahora, sentir alrededor de él toda la desesperación que la gente tenía oculta, aquella ansiedad que buscaban reprimir a toda costa, temerosos de causar más pánico.

Samuel se encontraba de la misma manera mientras veía el firmamento, esperando una señal que le indicase que todo estaría bien, que pasaría, que pronto podría volver a sus clases y salir con sus amigos. Que en menos tiempo del que creía, estaría tomando una bebida caliente en su cafetería preferida, mientras veía a la gente pasar sin más preocupaciones que las habituales.

Debería estar durmiendo, después de todo eran poco más de las tres de la mañana, pero simplemente se encontraba incapaz. Había tenido algunas pesadillas últimamente que, sumadas a su insomnio regular, le volvían cada vez más complicado dormir bien. Pero si lo pensaba, poco importaba la hora a la que durmiera o si no lo hacía en absoluto. Al menos, a él no le importaba.

Su celular sonó, sacándolo de sus pensamientos para revisar el aparato. Sabía perfectamente de quién era el mensaje, pues casi nadie se encontraba despierto a esas horas. Le sorprendió un poco, pues creía que ya se había dormido.

—Sigues despierto??

Por mucho que intentase negarlo, una pequeña sonrisa se había asomado por sus labios.

—Sabes mejor que nadie que uno de mis talentos es desvelarme a lo bruto :), pero pensé que tú ya te habías dormido.

—No hay forma de que me duerma sabiendo que tú sigues ahí, sin preocuparte ni un poco por tu salud y tus horarios de sueño.

Bien, no podía negar eso. Y en realidad, no es que le molestara su pequeño reclamo, aun cuando todo el asunto se le hacía bastante irreal.

Álvaro, el chico con el que se encontraba hablando, era su excompañero de preparatoria y tenía meses de no verlo, aun cuando fue uno de sus mejores amigos en aquellos años. Habían tomado diferentes caminos para estudiar, principalmente él que se había mudado para poder asistir a una universidad que contara con la carrera que quería.

—Puedo dormir en cualquier momento del día, no es que tenga que ir a algún lado.

—En realidad, pensé que te encontrarías cansado, con todo lo que has hecho en el día.

—No hace falta que te burles, ¿sabes? Te dije hace rato que hoy no he hecho nada además de hundirme en mi propia miseria.

—Y caminar por mi cabeza todo el día no te cansa??

Estaba sonrojado, lo sabía. Aun cuando sabía que ese tipo de frases eran un cliché, le hacían sonreír, porque nunca pensó que alguien se las fuese a decir. Y entonces ahí estaba el chico con el que había tenido un crush, intentando ligar con él en medio de la madrugada.

—Siento que hemos perdido demasiado tiempo.

Y no mentía, ninguno de los dos había mencionado nada sobre la pequeña pero evidente atracción (misma de la que fueron ellos los últimos en enterarse) que sentían entre sí en sus años escolares. Y si lo pensaba detenidamente, no terminaba de entender por qué. Una amiga le había dicho hace unas semanas, cuando le contaba su situación actual, que en realidad todo su grupo esperaba el momento en que comenzaran a salir, pero simplemente no sucedió por pena y temores precipitados.

—Puede que eso sea verdad, pero... aún nos queda una vida, no es cierto?

Era terriblemente cursi, justo como pensó que sería. Y le encantaba, porque sabía que no era así con nadie más. Porque no iba diciendo esas cosas por la vida a cualquiera. Porque sabía que las decía únicamente porque sabía que él sí era un cursi natural y porque recordaba perfectamente cómo era tomar su mano.

—*¿Saldremos a algún lado, cuando esto termine?*

—*Cuando esto termine, te juro que volveré a tomar tu mano.*

Y de repente, ni la noche era tan oscura ni las luces tan lejanas. Podía sentir cómo el tiempo era más corto, porque aun si todo afuera parecía derrumbarse un poco más cada día, él podía aguantar un poco más. Se mantendría firme, a la espera de un poco de calma. Aun si dentro de unos días volvía a sentir cómo él mismo se desmoronaba por sus emociones, por estar atrapado en un espacio tan familiar, volvería a levantarse.

Así que estaba bien si rompía un poco en el proceso. No tenía que ser perfecto. No tenía que ser ideal. No eran vacaciones. Pero terminaría y se volvería a armar, porque ya había esperado demasiado para sostener su mano.

Se levantaría de nuevo y haría más cosas. Sonreiría más, hablaría más y saldría más, porque en realidad, ya había esperado demasiado tiempo para todo.



“Fuego y agua”: Garza Blanca (México)

Autor: **Rosa Elena Ponce de León Villaseñor**

Antes de que todo este rollo empezara...

Nos conocimos en la universidad. **Éramos un par de radiantes aspirantes a titulación en la época en que ser lesbianas era guardar un secreto que nos quemaba desde dentro.** Pero—si lo dejábamos salir—aunque el mundo no nos quemaría en la hoguera como en el siglo XIX, sí nos acercaría una y otra vez una vela santa para quemarnos poco a poco. Las primeras personas que habían salido del clóset habían sufrido quemaduras de primer, segundo y tercer grado.

Vivimos un amor secreto, hasta atrevernos a seguir a aquellas heroínas que habían abierto el camino. Nos tocó apagar fuegos grandes y pequeños: con su familia más que con la mía; con mi jefe más que con sus clientes. Pero luchamos juntas y revestimos nuestras quemaduras con vendajes de ánimo y ungüentos de amor.

Cuarentena – día 1

—¿Qué? ¿Que no puedes regresar de España?

—¡No hay vuelos por los coronavirus!

La noticia me cayó como balde de agua... tibia. **Secretamente, deseaba que Jimena no regresara.** Las cosas no habían estado bien hacía tiempo. **El fuego de nuestro amor se había ido apagando poco a poco, curiosamente, conforme el mundo había dejado de intentar quemarnos.**

Los coronavirus en México todavía eran una leyenda lejana. Más que preocuparme por ella, pensé en el alivio que sería postergar la fecha para hablar de... eso. ¿Valía la pena seguir intentándolo?

Cuarentena – día 6

—Por fin conseguí vuelo.

—OK.

—Tendré que estar dos semanas en cuarentena.

—¿Te quedarás con...?

—Mis papás. No te preocupes.

Habíamos pasado cinco días discutiendo por teléfono e, intermitentemente, seis meses antes en persona. Me han llegado mil mensajes por WhatsApp, Twitter e Instagram. Al entender más la pandemia, me preocupé por ella en España; sin embargo, discutíamos más y más. El miedo y la confusión no ayudaban en nada. Ahora se acortaría la distancia entre nuestros cuerpos, pero la distancia entre nuestros corazones se acrecentaba.

Cuarentena – día 11

—Te extraño.

—Yo también.

Otra vez en uno de esos ciclos demasiado... nuestros. **¿Cómo es que cuando estamos cerca no podemos estar bien, pero cuando la veo casi perdida, me aferro a ella? ¿Por qué cuando ya la quiero dejar ella avienta sus redes y yo me dejo atrapar?**

Cuarentena – día 13

—¿Qué estás pensando?

—Ya no sé ni qué pensar.

—Te amo.

—Yo también... pero esta relación no es normal.

Estoy descubriendo mis sombras y las de Jimena también. ¿Qué significa esta pandemia? ¿Y qué va a pasar con nosotras cuando termine?

Veo su luz y veo la mía. Ella es libre, creativa, divertida, aventurera. Yo soy estable, responsable, cautelosa, comprometida. Por eso nos enamoramos. Yo admiro su espontaneidad, aunque no logro ser como ella. Ella descansa en mi estabilidad unos días, pero después se aburre y necesita respirar.

Veo nuestras sombras. Ella insiste en cambiarme y me acusa de juzgarla. Volátil, ella habla sin pensar. Yo sobreanalizo todo pero, si se trata de sentimientos, no sé ni cómo hablar. Somos dos imanes, pero al juntarnos echamos chispas. Jimena sueña y no logra poner los pies sobre la tierra. No puedo con su inestabilidad. ¿Alguna vez madurará?

Pero la amo. Somos dos mujeres; podemos entendernos si lo intentamos.

Cuarentena – día 21

—Ya estoy limpia: cero síntomas y ya pasaron dos semanas.

—Me muero por estar contigo.

—No puedo vivir sin ti.

Mi corazón late más rápido de lo que mi cabeza puede pensar. Su boca habla más rápido de lo que su memoria le puede advertir.

—¿Me mudo a tu casa entonces?

—Síiiii...

Cuarentena – día 22

—¡Cómo te he extrañado!

—No te vayas nunca más.

Se me había olvidado la belleza de su piel, la suavidad de su aroma y la frescura de sus curvas. Se me había olvidado la música que salía de mi corazón cuando sus labios latían sobre mi piel. ¡Simplemente enloquecí!

Cuarentena – día 25

—Nunca vas a cambiar, ¿verdad?

— ¿Cambiarás tú, Jimena?

—Perdóname. Estoy siendo injusta.

Tal vez verdaderamente somos incompatibles. Pero la amo más que a mi vida. Además, si este virus traerá una crisis económica, mejor compartimos gastos. Pero eso no puede ser suficiente razón...

Jimena se regresó con sus papás. Ahora sí estoy sola. Pero hemos tenido largas pláticas.

Me han llegado mil ochocientos mensajes por WhatsApp, Twitter e Instagram. Han cambiado de tono. ¿O será que escojo mejor? Ya no analizo curvas de infección, ni veo videos con métodos de desinfección, y desecho cualquier cosa que tenga que ver con López-Gatell o López Obrador. Ahora leo todos esos mensajes ambientalistas y espirituales que me invitan a aprender algo de esta crisis y a no tratar de cambiar el mundo sino de cambiar yo.

Con lágrimas en los ojos, he incursionado en territorios inexplorados dentro de mí. Esas lágrimas han atenuado el fuego que me quemaba por dentro como si bebiera de un manantial. Alcanzo la cima, me siento libre, extendiendo mis brazos y siento el viento en mi rostro. **A veces agradezco que Jimena se haya marchado para poder volar.**

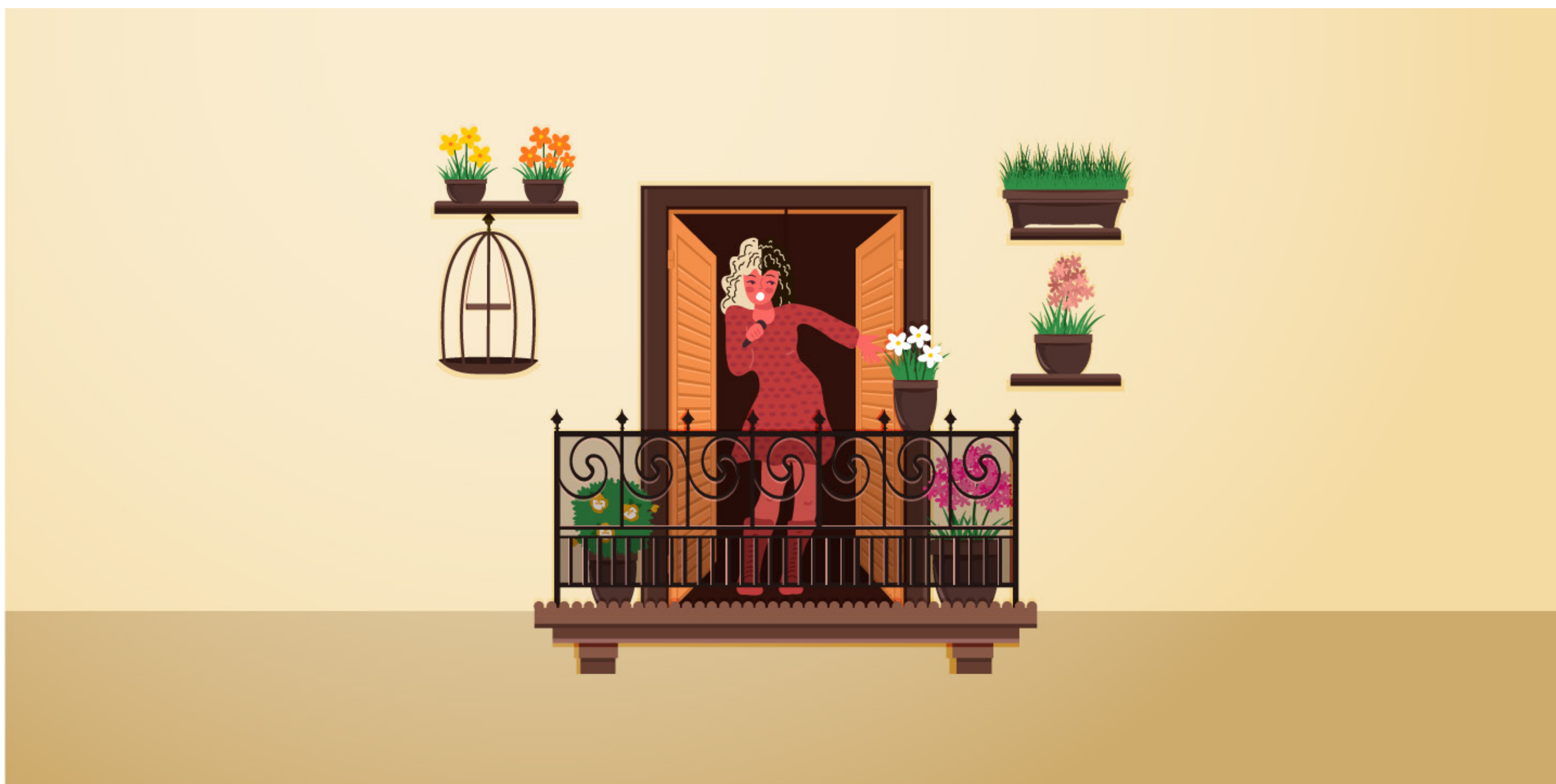
¿Volar... lejos?

También podríamos volar juntas. Hemos recorrido de la mano un largo camino. El agua y el fuego juntos son una fuerza transformadora. ¿Y si...? ¿Y si logramos una danza que combine todo lo que somos y podemos ser?

Cuarentena – día 39

—¿Me perdonas? Quiero regresar. He pensado muchas cosas.

—**Jimena, Jimena, tenemos mucho de qué hablar.**



“La Artemisa”: Double Attack (Bolivia)

Autor: **Gabriela Frías Goytia**

A Miguel le faltaba la respiración. El corazón le latía a mil por hora y le temblaban las piernas. No era capaz de dar ni un paso para adelante. Este probablemente era el segundo día más angustioso de toda su vida. El primero había sido el día que llegó al aeropuerto de Barajas con un pasaporte falso, hace ya más de 15 años. En aquel momento el policía le preguntaba al joven Miguel para qué había venido a España, a lo que él respondió tímidamente:

—Para hacer turismo, solo vengo por dos semanas.

Pasaron ya 15 años desde ese terrorífico día y de los cuales estuvo gran parte bajo la sombra de la ilegalidad luchando, y en los cuales no pudo volver a su país. Hoy otra vez tendría los ojos del mundo volcados hacia él. Mientras **se acercaba al balcón con el vestido de lentejuelas que había comprado de segunda mano y los tacones rojos que una vecina había dejado abandonados en el pasillo**, escuchaba morir los aplausos de las 8:00 p. m. que desde hace un par de días se habían hecho una tradición en toda España para agradecer al personal médico que luchaba contra el maldito virus que había detenido la vida de todas las personas.

Antes de salir a escena, le venían recuerdos del pasado. Recordaba lo que había sido crecer con miedo de no poder ser quien era realmente, pues vivió en un entorno muy discriminador y machista.

Había ocultado toda su vida a esa diva que vivía en su interior, la que clamaba por salir y brillar como la estrella que era.

Pasó su adolescencia practicando canciones de sus divas favoritas para mantener la esperanza de que un mejor futuro vendría, para olvidar su dura realidad, mientras **se veía en el espejo, donde era libre de fantasear lo que quisiera**, soñaba que un día llevaría un vestido glamuroso, un sensual maquillaje y estaría sobre un escenario, siendo ovacionada de pie, pero sobre todo viviendo en libertad.

Como toda artista debía tener un nombre glamuroso. A solas en su cuarto unos días antes pensaba cómo llamarse. Debía ser un nombre que reflejase la fortaleza que había tenido toda su vida. Le encantaba 'Artemisa', era un nombre exótico, fuerte y diferente; las tres cualidades que saldrían a la luz del balcón esa noche. Ella quería hacer algo por la gente de su barrio, sabía lo duro de la situación y que ellos necesitaban olvidar siquiera por unos minutos aquello. Precisaban alegría y esperanza, esas cosas que la mantuvieron a flote en los momentos más oscuros de su vida.

Dio un suspiro y volvió al presente. Ahí estaba Miguel, listo para abrir sus alas y convertirse en esa estrella, pero de repente vino un silencio sepulcral. ¿Quién era este personaje tan colorido? Nadie lo había visto nunca por la calle Barcelona, lugar característico por la gran cantidad de migrantes en la ciudad de A Coruña, y al cual se había mudado hace poco. **Entonces encendió los altoparlantes y cogió el micrófono con una mano mientras saludaba con la otra. Ese saludo no solo estaba dirigido a la gente del barrio, estaba dirigido a la soñadora que emergía de él.**

Posteriormente empezó a tocar la canción "Sobreviviré" de Mónica Naranjo, su diva favorita de toda la vida, y empezó a emular sus movimientos tal cual fuera ella, con todo ese poder, sensualidad y elegancia que la caracterizan. De ahí todo fue una fiesta. Los vecinos y vecinas no paraban de sonreír, bailar y corear con ella, una diva había nacido ese día. Al ver tanta alegría y ya que las personas le pedían más canciones volvió y lo dio todo cantando dos más.

Al finalizar dio gracias por el micrófono con los ojos llenos de lágrimas mientras la gente no paraba de aplaudirle. De ahí una vecina del tercer piso del edificio del frente le preguntó que cuál era su nombre, a lo que Miguel respondió:

—Artemisa.

Desde ese día, después de los aplausos, todas y todos pedían a Artemisa que saliera al balcón a bailar y alegrar a todos, a demostrar su talento y amor al arte. Incluso ella dedicaba canciones a algún vecino, vecina o peque del barrio si sabía que estaban de cumpleaños o si estaban enfermos o enfermas. Incluso la televisión local vino a filmarla y sus fotos salieron en prensa, convirtiéndose en una parte clave del vecindario. **Era la diva de la calle Barcelona. Era la luz de esperanza ante esos momentos tan difíciles.** Desde aquella primera noche ella había convertido ese balcón en el escenario el que siempre quiso pisar.

Al fin Miguel, ahora Artemisa, había cumplido sus sueños y, como decía la letra de la primera canción con la que se hizo famosa, había encontrado un hogar entre los escombros de su soledad. Y aunque parezca una paradoja, en medio del encierro encontró la oportunidad de salir, para mostrarse como realmente era y mostrar todo su arte. **Logró brillar como la estrella que siempre fue. Logró ser la luz de esperanza en las noches donde más se necesitaba una.**



“Pingüinos en la cama”: Ruedi (Argentina)

Autor: **Stefania Crivelli**

Ay, Lauti esto es una locura tremenda. Mirá hasta donde tengo que llegar por tus obsesiones.

A Lauti lo conocí cuando éramos chicos. Teníamos cinco años, creo. Venía de Buenos Aires. Sus papás murieron en un accidente de auto y su abuela vivía acá, en Chubut. Y aunque me gustaría decir que su primer amor fui (y soy) yo, no. Esos pájaros bobos llegaron antes, con sus picos largos, su andar torpe y ese elegante smoking blanco y negro que se pavonean cual ricos en una fiesta.

Porque sí, yo me enamoré de Lauti a prima vista. Pero él no de mí. Tardó varios años en enamorarse de alguien que no fuera un bendito pingüino.

Y ahí lo vi, cuando llegué a casa del trabajo, empacando las cosas, frenético.

—¿A dónde vas? ¿No viste que acaba de decir el presidente que nos quedemos en casa? ¡Estamos en cuarentena por el virus este!

—Por eso mismo, Nahu —me respondió sin verme—. Me voy a quedar en Punta Tumbo* hasta el treinta y uno de marzo.

—¿Qué?

Vos estás en pedo, fue lo primero que pensé. Sabía que tenía que terminar la tesis, que obviamente era de sus pingüinos, pero era una tontería. Me crucé de brazos.

—¿Te vas a cagar de frío quince días en una cueva de la reserva para ver a los pingüinos?

—No, ¿no ves que estoy llevando frazadas y mantas para los dos?

Encima quiere que me quede en una cueva por quince días.

—A ver, Lautaro, escuchame, ¿vos sos consciente de que querés que vayamos a congelarlos quince días ahí dentro? ¿Te pensás que no te va a parar la policía? ¿Qué le vas a decir, que somos una pareja que *stalkea* pingüinos en medio de la pandemia? ¿O que vas a encontrar la cura de este virus estudiando pingüinos, o...?

—¡Bueno, bueno! —vociferó y se sentó en la cama, frustrado y tirando la valija—. Me desesperé. Quiero terminar la tesis.

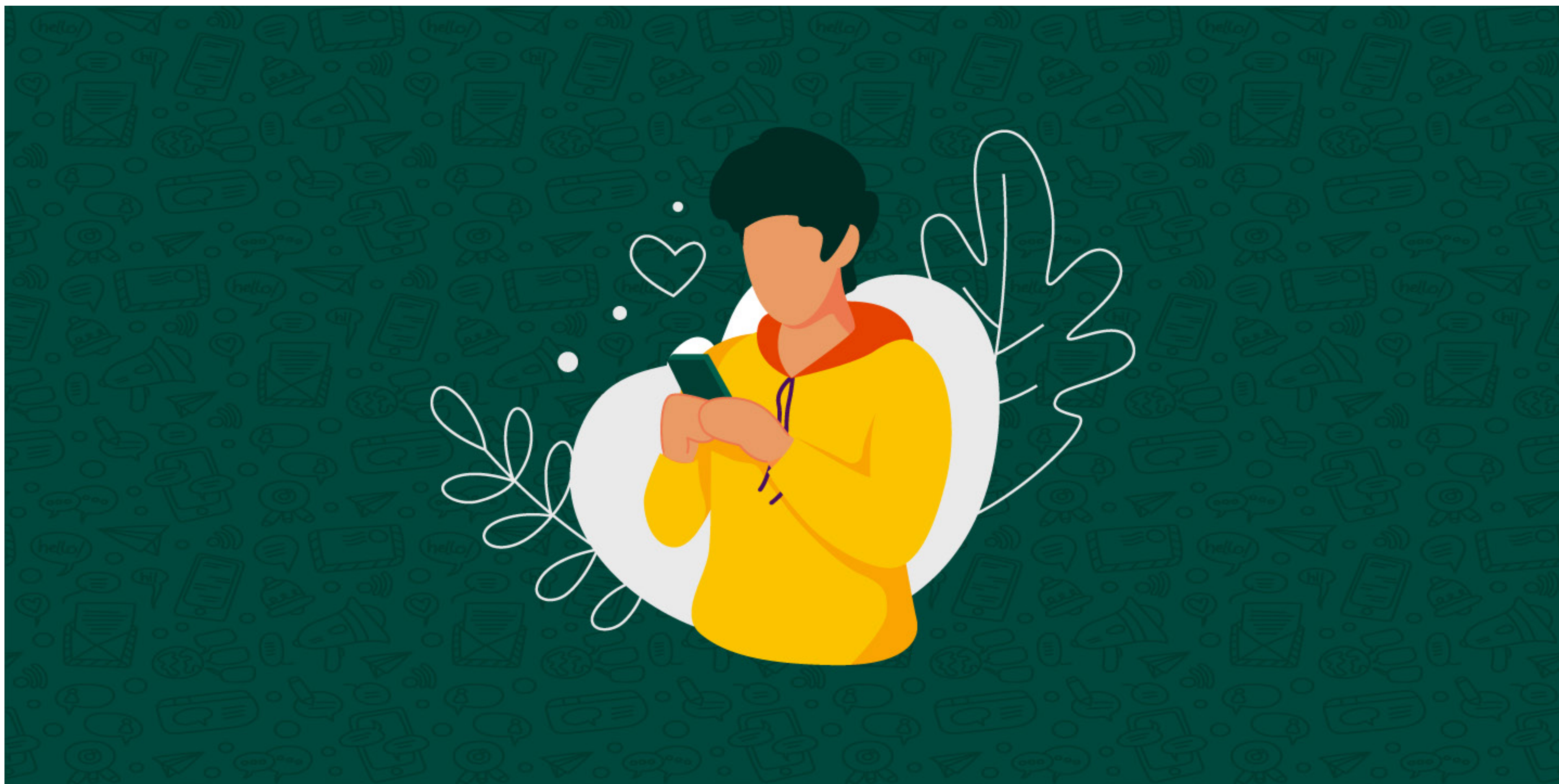
Dejé la cartera (porque ni siquiera lo había hecho) en el piso y me senté a su lado. Razoné con él, porque siempre se ponía nervioso cuando algo le impedía ir a Punta Tombo a estar con sus pingüinos. Y llegamos a un acuerdo: nos íbamos a quedar los quince días en casa, sin salir como había que hacer, y escribiría la tesis de la mejor manera que pudiese.

—¿Querés que me haga un disfraz de pingüino para inspirarte? —bromeé.

Lauti se rio con esa mágica sonrisa que me encantaba.

—No hace falta, vos siempre me inspirás sin disfrazarte —y me tumbó en la cama acompañado de un pasional beso.

*Punta Tombo es una reserva natural ubicada en Chubut, Argentina. Es una gran pingüinera. Pueden encontrar más información por internet.



“No iré, lo siento mucho”: W. E. Feroso (México)

Autor: **Guillermo Feroso Ortega**

«No iré, lo siento mucho».

Mientras miro la última respuesta que enviaste en la pantalla, lo único en lo que pienso es en rendirme contigo.

Tomo mi vaso y me acuesto en el sofá cama que había preparado con la esperanza de que llegarías a venir. Tomo la almohada que compré para ti, me recuesto, miro al techo y pienso en todo lo que hemos pasado. Recuerdo cada detalle con tanta frescura como si hubiese sido solo ayer cuando hicimos lo que hemos hecho.

Recuerdo el primer regalo que me diste, ese pez de nombre ‘Frank’ que aún conservo gordo, limpio y feliz. También recuerdo cuando me diste el girasol que se encuentra en su maceta junto a mi ventana volteando hacia el sol del amanecer que recién comienza.

Los interminables abrazos que me has dado y que en público no finges, porque soy tu mejor amigo y, al fin de cuentas, eso es lo que hacen los amigos. Se abrazan, se toman la mano en el saludo por largos segundos, se miran a los ojos con deseo, pero aparentando que no lo sienten y, por último, cuando están solos, se besan y vacían todo ese deseo sobre una cama, un sofá o una camioneta...

o al menos es lo que hacemos nosotros.

Recuerdo también el día en que, cenando en casa de tus padres te dije «mi amor» por error. Nadie se alteró más que tú, jurándoles a tus padres que era una broma de mal gusto entre amigos y que creías que deberíamos parar. **Tu madre nos miraba, sospechando. Tu padre lo supo en ese momento. Nadie dijo nada. El silencio reino la sala y seguiste en tu mundo, creyendo que nadie tenía idea del amor que nos tenemos.**

La interminable historia de nosotros dos es así. Un día me dices que me amas y que darías todo en el mundo por mí; al siguiente, es todo lo contrario: me dices que soy la maldición de tu vida, que no debimos enamorarnos y que te arrepientes de lo que pasó aquel lunes 26 cuando nos quedamos solos en tu casa, encerrados por la lluvia.

Ese glorioso día en el que nos dimos cuenta de que debíamos dejar de fingir. Acordamos algo. Me fui. Cumplí con mi parte. Les conté a mis padres. Dos días después mi padre se largó con otra familia echándome la culpa, dejando a mi madre sola a cargo de un hijo que apenas y podía ver.

Tú no cumpliste. Dijiste que tenías miedo y que no estabas preparado. Necesitabas tiempo. Sigues necesitando tiempo. No sabes por dónde comenzar. No sabes siquiera si les dirás o no. Lo entiendo, me callo, te perdono y seguimos.

Hay días buenos, días malos. Te di un ultimátum: «¿Qué prefieres? ¿Ser feliz tú o que sea feliz tu sociedad?». Me respondiste que no querías que te corrieran de tu casa. Te respondí rentando un departamento por cualquier cosa. **Tú solo te ríes y dices que no debí haber hecho eso. Quieres dar el paso, pero no lo haces.** Tienes mi apoyo, pero no lo tomas.

Siempre vienes a mi departamento. Le dices a tus padres que vendrás a ‘estudiar’, pero lo único que hacemos realmente es besarnos como desquiciados a falta del tiempo que tanto nos hace falta y el hecho de que jamás hubieras aceptado besarme así en público.

Hoy, después de mandarte ese mensaje, desesperado por el encierro que causó esta maldita enfermedad (encierro que nos impide vernos), **te pedí que vinieras a pasar la cuarentena conmigo. Se hubiera hecho más llevadera para ambos, pero nuevamente, no quisiste.**

Me doy cuenta de que no quiero seguir escondiendo lo que siento. No quiero seguir en el abismo cuando quiero ver el arcoíris.

Tomo mi teléfono, comienzo a escribirte.

«Sé que probablemente al leer esto te afecte, pero...».

Toc, toc, toc.

Alguien llama a la puerta. Mi corazón vuela al pensar que eres tú. Me levanto lo más rápido que puedo y abro. Es mi vecina.

–Hola, hijito. Quise traerte estos cubrebocas por si piensas salir a la calle a comprar cosas.

Sonrío. Le agradezco con un cálido abrazo y nos despedimos. Cierro y regreso a escribir el texto.

«... pero creo que ya no podemos estar juntos. Siempre he respetado tu decisión de no decirles a tus padres quién eres, pero quiero ser feliz a tu lado, sin escondernos. Veo que tú no quieres lo mismo y perdón, pero yo no puedo seguir».

Antes de pulsar la tecla de ‘enviar’ llaman a la puerta otra vez.

Toc, toc, toc.

Me levanto, me limpio las lágrimas, camino para abrir y ver qué ha olvidado mi dulce vecina.

Abro la puerta... y ahí estás tú. Con tu camisa a cuadros, tus clásicos jeans rotos y las botas que tanto amo que te pongas.

Ahí estás, parado, sudado y con una maleta medio abierta, claramente hecha al aventón. Sonríes. Sonrío.

–¿Qué haces...?

Me callas con un beso. Te separas. Hablas.

–Ya era hora de que se enteraran.

–¿De qué?

–De que te amo.

La puerta se cierra a tus espaldas.

Mi corazón se abre de nuevo.

Jurado Calificador

Mildred Pérez de la Torre

Es escritora, activista y directora editorial de Homosensual. Su primera novela, *Lo hice por amor* (2016), fue ganadora del Premio Quimera a Mejor Literatura Queer. Sus cuentos han sido publicados en antologías mexicanas y extranjeras.

Ana Sierra

Escribió un libro. Hace de todo y si no sabe hacerlo, lo aprende. Su animal favorito es la capibara, que es como un cuyo gigante. También tatúa, dibuja, esculpe, cuenta historias, tiene un blog de Salud Mental. Básicamente, hace de todo. Odia las pasas y toma demasiado café.

Lina Cuellar

Profesional en Estudios Literarios y Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, y Doctora en Historia de la Universidad de Los Andes (Colombia). Directora de Sentiido. Los perros, los libros y la ilustración son tres pasiones que ocupan buena parte de sus pensamientos.

Enrique Torre Molina

Es inquieto y estudioso, y fue alumno de la primera edición del Seminario de Investigación “Los estudios gay en México” por parte de la UNAM. Antes de instalarse en Ciudad de México, vivió una temporada en Lyon, Francia y en Nueva York, donde obtuvo sus primeras experiencias profesionales.

Fue encargado de campañas de comunicación, incidencia y procuración de fondos en All Out y Amnistía Internacional. Ha sido fellow del Foro Global LGBT en Tailandia, la Conferencia Internacional de Líderes LGBTQ del Victory Institute, y GLAAD Media Institute. Human Rights Campaign lo nombró Global Innovator y la revista *The Economist* lo incluyó en su lista de 50 Top Diversity Professionals. Es asambleísta del Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación de CDMX.

Enrique es un activista comprometido. Y como consultor siempre está al día con los temas relacionados con la comunidad LGBTQ+.

Alex Orué

Activista por los derechos humanos de las personas LGBTQ+, Director Ejecutivo de It Gets Better México, podcaster en La Jaula y contribuidor de Homosensual, todo desde la Península de Yucatán.

CONCURSO PATROCINADO POR

Scotiabank®



COMPILADO Y PUBLICADO EN MÉXICO, 2020.

HOMOSENSUAL